

luego, tranquilizada por el silencio, entró de puntillas, se agachó, sin dejar de escuchar y mirar, cogió uno de los rizos del doncel, lo escondió en su seno y se fué apresuradamente.

Otón cayó de rodillas ante la colgadura, y abrió la boca y juntó las manos.

Dos horas después y en el instante en que menos era de esperar, el conde de Ravenstein ordenó á su séquito que se preparase para salir con él al día siguiente del castillo de Cléveris. Resolución súbita que llenó de extrañeza á todos; pero aquella tarde misma cundió el rumor, entre los servidores del príncipe, de que apremiada por su padre á responder á la petición que de su mano le hiciera el de Ravenstein, la joven Elena había dicho que prefería tomar el velo á ser esposa de semejante hombre.

VII

Ocho días después de los sucesos narrados en el precedente capítulo, y en el instante en que el príncipe Adolfo de Cléveris iba á levantarse de la mesa, un criado anunció que acababa de entrar en el patio del castillo un heraldo del conde de Ravenstein, en nombre del cual traía un cartel de desafío. El príncipe miró con profunda expresión de ternura y reproche á su hija, que se sonrojó y bajó los ojos, y tras un breve silencio ordenó que introdujesen al mensajero.

El cual era un joven noble que vestía los colores del conde y ostentaba su escudo de armas en el pecho. Hizo el heraldo una gran cortesía al príncipe, y con voz firme y cortés llenó su bélica comisión.

Sin indicar porqué, el conde de Ravenstein desafiaba al príncipe Adolfo doquiera pudiese encontrarlo, á solas, veinte contra veinte, ejército contra ejército, de día ó de noche, en la montaña ó en el llano.

El príncipe escuchó el reto del conde, sentado y cubierto, y cuando el mensajero hubo dado fin á su

cometido, se levantó, cogió su manto de terciopelo forrado de piel de armiño, que estaba sobre un sillón, y lo puso en los hombros del heraldo; luego se quitó la cadena de oro que llevaba al cuello, y puesto que la hubo al del mensajero, ordenó que á éste le trataran á cuerpo de rey, á fin de que al salir del castillo pudiese decir que el príncipe Adolfo de Cléveris había recibido el cartel de desafío como si le hubiesen convidado á una fiesta.

Con todo eso, bajo su tranquila apariencia el príncipe escondía una inquietud profunda; y es que había llegado á la edad en que la armadura empieza á pesar sobre los hombros del guerrero. Adolfo no tenía hijo ni sobrino á quien confiar la defensa de su querrela, sino únicamente amigos entre los cuales, en aquellos tiempos de turbación en que cada cual tenía que mirar por sí, echaba de ver que obtendría difícilmente, no simpatías, sino socorro. Sin embargo, no por esto dejó de enviar á todas partes letras solicitando alianzas y haciendo un llamamiento á la amistad. Luego se ocupó activamente en reparar su castillo, mandando fortificar los sitios débiles y hacer en él considerable acopio de víveres.

Por su parte, el conde de Ravenstein había aprovechado los ocho días que de ventaja llevaba á su adversario; así es que pocos después de haber Adolfo recibido el mensaje, y antes que los aliados del príncipe hubiesen tenido tiempo de prestarle socorro, los del castillo de Cléveris oyeron de improviso una voz de alarma. Aquella voz era la de Otón, el cual, de centinela en las murallas, acababa de divisar en el horizonte y por la parte de Nimega, una nube de polvo, en medio de la cual y como las chispas entre la humareda brillaban armas.

Adolfo, que si bien no esperaba un ataque tan

repentino, estaba preparado, mandó cerrar las puertas y bajar los rastrillos, y ordenó á la guarnición que se subiese á las murallas. En cuanto á Elena, se bajó á la capilla de la condesa Beatriz y se entregó á la oración.

Al llegar las tropas del conde de Ravenstein á media legua del castillo, el mismo heraldo que ya se presentara á Adolfo en nombre de su amo, se destacó del ejército, y, precedido de un trompetero se acercó hasta el pie de las murallas. El trompetero dió tres veces voz de su aliento á su trompeta, y el heraldo, de parte del conde, desafió nuevamente al príncipe en persona, ó á cualquier campeón que en su lugar quisiese combatir, á cuyo efecto concedía tres días, durante los cuales cada mañana el heraldo se presentaría en la pradera que separaba del río las murallas, para renovar el reto; con el bien entendido que pasados los tres días sin que se hubiese aceptado su desafío el conde emprendería el ataque general. Hecho el reto, el heraldo se adelantó hasta la puerta y clavó en ella y con su puñal el guante del conde.

Por toda respuesta, el príncipe arrojó el suyo desde lo alto de la muralla; luego, y como la noche llegase á más andar, sitiadores y sitiados se apercebieron respectivamente para el ataque y la defensa.

Entretanto Otón, relevado de su puesto y al ver que el peligro no era inminente, bajó de las murallas al castillo; porque es de saber que recorriendo la parte reservada á los arqueros y á los servidores del príncipe, á las veces veía á Elena en algún corredor. Entonces la doncella, aunque ignoraba que el joven arquero la hubiese visto recoger el rizo de sus cabellos, en ocasiones se sonreía y siempre se ruborizaba. Luego, bajo cualquier pretexto, pero rara vez, dirigía la palabra á Otón: tales días lo eran de

fiesta para el corazón del arquero, que en cuanto se apartaba de él la doncella, iba á esconderse en algún retirado y solitario rincón del castillo, donde traía á la mente las palabras de la joven castellana, mientras cerraba los ojos y con los de la imaginación veía nuevamente la sonrisa y el rubor que las acompañara.

Ahora fué en vano; por más que miró al través de todas las ventanas y recorrió todos los corredores, Otón no vió ni halló á Elena. Entonces el joven dióse á entender que la doncella estaba orando en la iglesia del castillo, y bajó á ella; pero la iglesia estaba solitaria. Ya no quedaba más que la capilla de la condesa Beatriz donde pudiese encontrarse Elena; pero aquella era la capilla reservada, y los servidores nunca entraban en ella á menos que los llamaran.

Otón titubeó por un instante en seguir á la princesa en aquel santuario, pero admitiendo que la gravedad de las circunstancias podían servirle de excusa, se encaminó por fin adonde esperaba hallarla, y, levantando el cortinón que cubría la puerta, vió á Elena arrodillada al pie del altar.

Aquella era la primera vez que Otón entraba en el oratorio, retiro oscuro y silencioso en el que la luz sólo penetraba al través de cristales de color, y en el que todo disponía al alma á la oración. Sólo una lámpara suspendida encima del altar ardía ante un cuadro que representaba la consabida tradición de un caballero arrastrado por un cisne; pero con la diferencia de que en el cuadro el caballero estaba rodeado de brillante auréola, y de que de los dos columnas que encuadraban el lienzo estaban suspendidas, de un lado, una espada de cruzado con puño y vaina de oro, y, del otro, un cuerno de marfil incrustado de perlas y rubíes; entre las co-

lumnas y en lo alto del cuadro, como todavía se acostumbra en Alemania, estaba suspendido un escudo coronado de un casco, casco y escudo iguales á los que figuraban en el lienzo, pues en unos y otros brillaban el mismo blasón, que era de oro con una cruz de gules coronada de espinas en un monte de sinople. Aquella espada, aquel cuerno, aquel escudo y aquel casco eran pues probablemente los del caballero del cisne, y aquel caballero uno de los antiguos paladines que tomaran parte en las cruzadas.

Otón se acercó silenciosa y pausadamente á la doncella, que oraba en voz baja ante el caballero como pudiera haberlo hecho á los pies del Cristo ó de un mártir, y tenía en la mano un rosario de cuentas de ébano incrustadas de nácar, al extremo del cual pendía una campanilla que ya no producía sonido alguno por habérsele caído de vetustez el badajo y no haberlo reemplazado.

Al ruido que hizo Otón al chocar con una silla, Elena se volvió, y, lejos de demostrar en su rostro resentimiento alguno de que la hubiesen seguido, miró al joven sonriéndose con suave tristeza.

—Ya lo veis, dijo la doncella, cada cual obra según el espíritu que Dios le ha dado. Mi padre se apareja para la lucha; yo me entrego á la oración. Vosotros esperáis triunfar por la sangre, yo espero vencer por las lágrimas.

—¿A qué santó rogáis? preguntó Otón cediendo á la curiosidad que le inspiraba la vista de aquella imagen reproducida unas veces en la piedra y otras en la tela. ¿Es san Miguel ó san Jorge? Decídmeme su nombre para que pueda yo elevar mis preces al mismo santo que vos.

—No es san Jorge ni san Miguel, respondió Elena, sino Rodolfo de Alost; el pintor se equivocó al

pintarle la auréola; lo que le correspondía era la palma, pues fué mártir y no santo.

—Sin embargo, arguyó Otón, vos le rogáis como si estuviese sentado á la diestra del Padre; ¿qué podéis esperar de él?

—Un milagro como el que hizo él mismo por nuestro antecesor en ocasión parecida. Pero ¡ay! el rosario de la condesa Beatriz está mudo hoy, y el sonido de la campanilla no irá á despertar por segunda vez á Rodolfo en la tierra santa.

—No puedo infundiros temor ni esperanza, repuso Otón, pues no os entiendo.

—¡Qué! dijo Elena, ¿no conocéis la tradición de nuestra familia?

—De ella no conozco más que lo que estoy viendo: ¿salvó de algún peligro á la condesa Beatriz ese caballero que atraviesa el Rhin en una barca arrastrada por un cisne?

—Sí, la salvó de un peligro como el que en este momento nos amaga; por eso le ruego. Y levantándose para retirarse, la doncella añadió: En otro tiempo os contaría esa historia.

—¿Y por qué no ahora? dijo Otón haciendo un ademán respetuoso para detener á la doncella. El tiempo y el lugar no pueden ser más adecuados para una leyenda guerrera y para una tradición santa.

—Sentaos y escuchad, repuso Elena, que no deseaba más sino hallar un pretexto para quedarse en compañía de Otón.

El cual hizo con la cabeza una señal, como queriendo decir que recordaba la distancia que Elena se dignaba olvidar, y permaneció en pie junto á ella.

—Ya sabéis, dijo la doncella, que Godofredo de Bouillón era tío de la condesa Beatriz de Cléveris, nuestra abuela.

—Lo sé, respondió el joven haciendo una medida con la cabeza.

—Pero lo que no sabéis, prosiguió la hija de Adolfo, es que el príncipe Roberto de Cléveris, casado con la hermana del héroe brabanzón, resolvió seguir á su cuñado á la cruzada, y, á pesar de los ruegos de su hija Beatriz, lo preparó todo para llevar á término tan santa resolución. Godofredo, no obstante ser muy piadoso, al principio se empeñó en disuadirle de tal proyecto, atento que, de partir para la tierra santa, Roberto dejaba sola y sin amparo á su hija única, aun no de catorce años. Pero ninguna fuerza fué capaz de hacer desistir al veterano, que á cuanto le decían oponía la divisa que ya había escrito en su pendón: *Dios lo quiere*. Godofredo de Bouillón había de tomar de paso á su cuñado, pues el camino de la cruzada estaba trazado al través de Alemania y de Hungría, y eso no le separaba de su camino; por otra parte, Godofredo deseaba despedirse de su tierna sobrina Beatriz. Dejó pues el de Bouillón su ejército, compuesto de diez mil jinetes y sesenta mil peones, á las órdenes de sus hermanos Eustaquio y Balduino, les agregó para su mando provisional á su amigo Rodolfo de Alost, y descendió el Rhin desde Colonia hasta Cléveris. Hacía seis años que Godofredo no había visto á Beatriz, que durante este intervalo se había hecho toda una mujer; doquiera se hacían lenguas de su hermosura, que llegó á ser tan maravillosa, que aun hoy, cuando en esta tierra quieren hablar de una mujer superior en este concepto, dicen: «Hermosa como la princesa Beatriz.» Godofredo hizo nuevos esfuerzos para conseguir que su cuñado no se separase de su hija; pero fué en vano: el príncipe ya había tomado todas las disposiciones para acompañar al futuro

soberano de Jerusalén. Para proteger á la joven princesa, Roberto confirió todos los derechos de tutor y todo el poder de un mandatario á un su escudero llamado Gerardo, famoso por su fuerza y su valor y en quien su amo tenía la más omnimoda confianza. Godofredo, que en un momento de presciencia, sin duda, vió con pesar aquellas disposiciones, por único dón regaló á su sobrina el rosario que yo tenía entre las manos cuando hace poco habéis entrado; rosario que Pedro el Ermitaño trajo de la tierra santa, tocara el santo sepulcro de Nuestro Señor, y había sido bendecido por el padre guardián del santo sepulcro. Pedro el Ermitaño lo dió á Godofredo de Bouillon como un talismán sagrado, de propiedades milagrosas, y Godofredo lo donó á la princesa Beatriz, asegurándole que si la amenazaba algún peligro, bastaba que cogiese el rosario y orase con todo fervor, para que él, en cualquier parte que se encontrase, aunque estuviese separado de ella por montañas y mares, oyese el són de la campanilla que del rosario colgaba. Beatriz recibió con gratitud el precioso rosario del que únicamente su padre, su tío y ella conocían la virtud, y solicitó y obtuvo del príncipe permiso para fundar una capilla que encerraría dignamente en su mármoleo estuche tan rica joya. Los cruzados partieron. Una inscripción que veréis en la puerta del castillo y que según es fama la grabó el mismo Godofredo, indica que aquéllos emprendieron la marcha el 3 de setiembre de 1096. Los cruzados atravesaron tranquilamente y sin oposición Alemania y Hungría, llegaron á las fronteras del imperio griego, y después de haber pasado algunos días en Constantinopla, entraron en Bitinia y se dirigieron á Nicea por un camino claramente indicado por los huesos de dos ejércitos

que les precedieran á ellos, uno conducido por Pedro el Ermitaño, y el otro por Gualtero Sin Blanca. Llegado que hubieron ante Nicea y puesto que hubieron á la ciudad el sitio cuyos pormenores os son conocidos, al tercer asalto sucumbió el príncipe Roberto de Cléveris, la nueva de cuya muerte tardó seis meses en atravesar el espacio y vino á vestir de luto á la joven princesa Beatriz. El ejército siguió avanzando hacia el mediodía, en medio de tales fatigas y tales sufrimientos, que á cada ciudad que veían los cruzados preguntaban si aquella era por fin la de Jerusalén. Por último el calor se hizo tan sofocante, que los perros de los señores morían en la trailla y los halcones en la mano. En un solo alto perecieron de sed quinientos hombres. ¡Dios haya acogido sus almas! Durante aquella interminable y dolorosa marcha, los infelices cruzados recordaban el Occidente cada vez con más intensidad y más amor. ¡Ayl la muerte de Roberto de Cléveris también había reanimado este recuerdo en Godofredo de Bouillon; así es que pocos días después el general cristiano habló á su joven amigo Rodolfo de Alost de su hermosa sobrina Beatriz. Godofredo, seguro de que la princesa no dispondría de su mano sin su permiso, alentaba la esperanza, si la santa empresa no le encadenaba demasiado tiempo en Palestina, de casar á Rodolfo con Beatriz, y con tanta frecuencia y tal calor habló de ella Godofredo al joven guerrero, que éste se enamoró por el retrato que el general le había descrito, tanto, que si pasaba un día sin que Godofredo hablase de Beatriz á Rodolfo, Rodolfo hablaba de la doncella á Godofredo. Por fin los cruzados llegaron á las puertas de Antioquia, y de ella se apoderaron tras un sitio de seis meses; pero á las marchas bajo un sol de fue-

go, á la sed en el desierto, sucedió á no tardar otro azote no menos terrible: el hambre. No había manera de permanecer más tiempo en aquella ciudad anhelada como un puerto de salvación. Jerusalén se había convertido no ya en un objetivo, sino en una necesidad. Los cruzados salieron de Antioquía cantando el salmo: *Levántese el Señor y sean dispersados sus enemigos*, y avanzaron hacia Jerusalén, á la que por fin divisaron al llegar á las alturas de Emaús. De los novecientos mil hombres que eran á la partida, sólo quedaban cuarenta mil. Al día siguiente empezó el sitio, y uno tras otro se dieron infructuosamente tres asaltos; el último duraba hacia tres días, cuando el viernes 15 de julio de 1099, en el día y en la hora mismos en que Nuestro Señor Jesucristo fué crucificado, llegaron á lo alto de las murallas dos hombres, uno de los cuales cayó y el otro quedó en pie; el que quedó en pie, fué Godofredo de Bouillón, el otro, Rodolfo de Alost, el prometido de Beatriz. El sueño dorado del vencedor quedaba desvanecido. Godofredo de Bouillón fué proclamado rey sin por esto dejar de ser soldado. De regreso de una expedición contra el sultán de Damasco, se le presentó el emir de Cesárea y le regaló frutas de la Palestina. Godofredo comió una fruta, y cuatro días después, el 18 de julio de 1100, expiró después de once meses de reinado y cuatro años de ausencia. Según sus deseos, su tumba fué labrada junto á la de su joven amigo Rodolfo de Alost.

VIII

»Unas tras otras venían tales nuevas á resonar en Occidente, y, de cuantos ecos despertaban, el más doloroso era el que sumergiera en un mar de lágrimas á Beatriz, que sucesivamente supo la muerte del príncipe de Cléveris su padre, de Rodolfo de Alost su prometido, y de su tío Godofredo de Bouillón. La menos dolorosa de estas tres nuevas era la de la muerte de Rodolfo, á quien Beatriz no había conocido; pero las otras dos muertes la hacían huérfana dos veces: para ella, perder á Godofredo fué perder un segundo padre. A este dolor vino á unirse un nuevo dolor: durante los cinco años transcurridos desde la partida para la cruzada hasta la muerte de Godofredo, Beatriz había ganado en hermosura: era entonces una graciosa doncella de diez y nueve años, y observó que el escudero al cual la confiaran no era insensible á los afectos que ella inspiraba á cuantos tenían ocasión de tratarla. Con todo eso, mientras á Beatriz le quedó un defensor, Gerardo encerró su amor en lo más hondo de su alma; pero en cuanto vió á la princesa huérfana y sin apoyo, se envalentonó

hasta el punto de declararle su pasión. Beatriz escuchó al escudero como correspondía á la hija de un príncipe; pero Gerardo, antes de arrojar la máscara, había tomado su resolución, quiero decir que replicó á la doncella que le concedía un año y un día para su luto, pero que trascurrido este tiempo debía prepararse para admitirlo por esposo. La transformación fué completa: el servidor hablaba como amo. Beatriz, endeble, aislada é indefensa y no pudiendo esperar socorro alguno de los hombres, se refugió en Dios, y Dios le envió, si no la esperanza, á lo menos la resignación. En cuanto á Gerardo, aquel mismo día hizo cerrar las puertas del castillo, y, temeroso de que Beatriz intentase fugarse, puso doble guardia en cada una de ellas. Ya os he dicho que Beatriz había mandado construir esta capilla para guardar en ella el milagroso rosario que le diera su tío. De haber todavía vivido Godofredo, la princesa nada habría temido, porque su corazón rebosaba de fe, y aquél le había dicho que doquiera se hallase, separado por montañas ó por mares, oiría el són de la campanilla santa y vendría en su auxilio; pero Godofredo estaba muerto, y por más que á cada Padre Nuestro la campanilla sonaba, ya no quedaba esperanza alguna de que su són deparase á la desventurada un defensor... Pasaron los días, y los meses, y el año; el escudero no había cejado en su vigilancia, de modo que nadie sabía á qué extremo estaba reducida Beatriz. Por otra parte, en aquel tiempo, la flor de la nobleza estaba en Oriente, y apenas quedaban en las márgenes del Rhin dos ó tres caballeros que hubiesen osado tomar la defensa de la hermosa cautiva: tan famoso por su fuerza y su valor era Gerardo. Amaneció el último día. Beatriz, como de costumbre, acababa de orar; el sol

era brillante y puro, como si la luz celestial no alumbrase más que inefables dichas. La doncella se sentó en su balcón, y fijó los ojos en la orilla, en el sitio por el cual desaparecieran su padre y su tío. En aquel mismo lugar, por lo común solitario, á Beatriz le pareció ver un punto movedizo del que, á causa de la distancia, no podía distinguir la forma; pero ¡caso singular! en cuanto lo vió, parecióle que aquel punto se movía para ella, y, con la superstición de los afligidos, puso toda su esperanza en aquel incógnito punto, que á compás que descendía el Rhin, empezaba á tomar forma. Beatriz miraba con tal persistencia la aparición, que, más que el dolor, la fatiga le arrancaba lágrimas, lágrimas al través de las cuales aquélla empezó á divisar una barca. Poco después, la princesa notó que un cisne tiraba de la embarcación, y que en la proa de la embarcación estaba en pie un caballero con el rostro vuelto hacia ella, mientras en la popa relinchaba un caballo con arneses de guerra. A proporción que la barca iba acercándose, los pormenores se hacían más patentes: el cisne estaba uncido con cadenas de oro, y el caballero, armado de punta en blanco, tenía junto á sí su casco y su escudo; por manera que á no tardar pudo verse que era un gallardísimo joven de veintiséis á veintiocho años, curtido por el sol de Oriente, pero cuya rubia y ondulante cabellera proclamaba su origen septentrional. Estaba Beatriz tan abismada en la contemplación, que no vió como las murallas se coronaban de soldados, atraídos como ella por aquel singular espectáculo; y la contemplación de la doncella era tanto más profunda, cuanto ya no cabía duda alguna de que la barca se encaminaba derechamente al castillo. En efecto, no bien la embarcación hubo llegado frente á la fortaleza, el cis-

ne tomó tierra, el caballero se cubrió la cabeza con su casco y se puso su escudo en el brazo izquierdo, saltó en la margen, tiró de su caballo, se subió sobre la silla, y haciendo con la mano una señal á la obediente ave, avanzó hacia el castillo, mientras la barca se volvía por donde viniera. Llegado que hubo á unos cincuenta pasos de la puerta principal, el caballero empuñó un cuerno de marfil que traía terciado, y llevándolo á la boca, arrancó de él tres fuertes y prolongadas notas como para imponer el silencio; luego dijo con voz robusta: Yo, soldado del cielo y noble de la tierra, á tí, Gerardo, castellano del castillo, te ordeno en nombre de las leyes divinas y humanas, que renunciés á la mano de la princesa Beatriz, á la que tienes cautiva con menosprecio de su cuna y de su linaje, y que sin demora salgas de este castillo, en el que entraste como servidor y en el que te atreves á mandar como amo; donde no, te reto á lanza y á espada, al hacha y á puñal, por traidor y desleal, como lo probaré con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Ahí va mi guante. El caballero se quitó el guante y lo arrojó al suelo, con lo que todos pudieron ver brillar en uno de sus dedos el diamante que debéis de haber notado en la mano de mi padre, y que es tan hermoso, que vale la mitad de un condado.

»Gerardo era valiente; así es que por toda respuesta se abrió la puerta principal, y salió un paje que fué á recoger el guante. Tras el paje avanzó el castellano revestido de su armadura de guerra y montado en un caballo de batalla. Los dos adversarios no cruzaron palabra. El caballero incógnito bajó la visera de su casco, y Gerardo lo imitó. Luego los campeones tomaron cada uno el campo que creyeron necesario, enristraron las lan-

zas, y arremetieron uno contra otro al galope de sus corceles. Gerardo que, como os he dicho, era tenido por uno de los hombres más hercúleos y valerosos de Alemania, llevaba una coraza forjada por el más hábil artifice de Colonia, y la moharra de su lanza había sido templada en la sangre de un toro muerto por perros, en el instante en que la sangre de aquél hervía aún, es decir durante las últimas convulsiones del animal. Sin embargo, la lanza de Gerardo se quebró como vidrio contra el escudo del caballero, en tanto que la de éste atravesaba de un solo golpe el escudo, la coraza y el corazón de su adversario. El cual cayó sin proferir una voz, sin tener tiempo de arrepentirse, como herido por el rayo. Entonces el caballero se volvió hacia Beatriz, que de rodillas tributaba gracias á Dios. Fué tan corto el duelo y la estupefacción que le siguiera tan honda, que los hombres de armas de Gerardo, al verle caer, ni siquiera pensaron en cerrar la puerta del castillo. El caballero entró pues sin oposición en el primer patio, se apeó, arrendó su caballo á un garfio de hierro, se adelantó hacia la escalinata, y sentó la planta en el primer peldaño en el instante en que Beatriz parecía en lo alto de ella para volar al encuentro de su libertador.

»—Vuestro es este castillo, caballero, dijo la princesa al vencedor de Gerardo, pues acabáis de conquistarlo. Tenedle por vuestro, y cuanto más tiempo permaneczáis en él, mayor será mi gratitud.

»—Señora, respondió el caballero, no á mí, sino á Dios es á quien debéis dar las gracias, pues es Dios quien me envía en vuestro auxilio. En cuanto á este castillo, hace diez siglos que es la mansión de vuestros padres, y deseo que lo sea

de sus descendientes por espacio de otros diez.

»Beatriz se ruborizó, pues era ella el último vástago de su familia.

»El caballero, joven y garrido, aceptó la hospitalidad que le ofreciera Beatriz, que estaba sola en el mundo y era dueña de su corazón, y tres meses después, ambos advirtieron que entre ellos había por una parte más que amistad, y por la otra más que gratitud. El caballero habló de amor, y como parecía de ilustre cuna, aunque no le conocían tierras ni condado, Beatriz, rica por dos, y teniendo á gran dicha hacer algo por aquel que tanto hiciera por ella, le ofreció, con su mano, este principado que él le había conservado por manera tan valerosa, y sobre todo tan inesperada. El caballero cayó á los pies de Beatriz, y al intentar ésta hacerlo levantar, dijo:

»—Perdonad, señora, pero necesito de vuestra indulgencia, y no me levantaré hasta haberla obtenido.

»—Hablad, repuso Beatriz. Os escucho, pronta á obedeceros de antemano, como si fueseis ya mi amo y señor.

»—¡Ay! profirió el caballero, indudablemente os parecerá estupendo que al recibir de vos una dicha tan grande, sólo pueda aceptarla con una condición.

»—Concedida, dijo Beatriz. ¿Cuál es?

»—Que nunca me preguntéis cómo me llamo, ni de dónde vengo, ni por qué conducto supe el peligro que os amagaba; porque os amo tanto, que si me lo preguntarais no tendría valor para no deciroslo, y una vez os lo hubiera dicho, no podría continuar junto á vos y nos veríamos separados para siempre. Tal es la ley que me impuso el poder que me ha guiado al través de montañas, lla-

nos y mares, durante el dilatado viaje que hice para venir á libraros.

»—¿Qué importa vuestro nombre, de dónde venís, ni quién os dijo que yo estaba en peligro? Olvido lo pasado por lo porvenir. Vuestro nombre es el caballero del Cisne; vinisteis de una tierra bendita, y Dios os envió. ¿Qué más necesito saber? Aquí está mi mano.

»El caballero la besó con efusión, y, un mes después, el capellán del castillo los unía en indisoluble lazo en este mismo oratorio, en el que Beatriz, en el temor de otro casamiento, tanto había orado y tantas lágrimas vertido.

»Dios bendijo aquella unión: en tres años, Beatriz dió al caballero tres hijos, que fueron llamados Roberto, Godofredo y Rodolfo. Luego trascurrieron otros tres años en la unión más perfecta y en medio de una dicha impropia de este mundo.

»—Madre, dime el nombre de mi padre, dijo un día el joven Roberto entrando en el castillo.

»—¿Por qué? preguntó la madre estremeciéndose.

»—Porque me lo ha preguntado el hijo del barón de Asperen.

»—Tu padre se llama el caballero del Cisne; no tiene otro nombre, respondió Beatriz.

»El niño se contentó con esta respuesta y se volvió á jugar con sus jóvenes amigos.

»Trascurrió otro año, no ya en medio de los raptos de dicha que en los primeros, sino en el suave reposo nuncio de la intimidad de las almas.

»—Madre, preguntó un día el joven Godofredo, cuando en una barca arrastrada por un cisne llegó á esta tierra mi padre, ¿de dónde venía?

»—¿Por qué quieres saberlo? suspiró Beatriz.

»—Porque el hijo del conde de Megen me lo ha preguntado.

»—Venía de una tierra lejana y desconocida, dijo la madre. No sé más.

»Esta respuesta bastó al niño, que la transmitió á sus infantiles compañeros y continuó jugando en la margen del río con la indolencia propia de su edad.

»Pasó otro año, durante el cual el caballero sorprendió más de una vez á Beatriz meditabunda y desasosega; con todo hizo que nada había advertido y redobló sus cuidados y sus caricias por su esposa.

»—Madre, dijo un día Rodolfo, ¿quién informó á mi padre que tú tenías necesidad de auxilio, cuando te libró del ruin Gerardo?

»—¿Por qué me preguntas eso? profirió la madre echándose á llorar.

»—Porque también me lo ha preguntado á mí el hijo del margrave de Gorkum.

»—Dios, que ve á los que sufren y les envía sus ángeles para socorrerlos.

»Dióse por satisfecho el niño; acostumbrado por los suyos á mirar á Dios como un padre, no se admiró de que un padre hiciese por su hijo lo que Dios había hecho por su madre.

»Pero la princesa Beatriz veía las cosas desde un punto de vista muy distinto, quiero decir que reflexionó que el principal tesoro de los hijos era el nombre de su padre, que sus tres hijos no tenían nombre, y que con frecuencia les harían los hombres las preguntas que ellos á ella y no les podrían contestar lo que ellos habían contestado á los niños. Beatriz se abismó pues en una tristeza profunda y continua, y decidió á toda costa exigir á su marido el secreto que ella prometiera no sondear nunca jamás.

»El caballero adivinó la causa de aquella tristeza

creciente, y más de una vez, al ver tan desventurada á Beatriz, estuvo á pique de decírselo todo; pero cada vez le refrenó la idea terrible de que á tal confianza seguiría una separación eterna.

»Por fin la princesa no pudo resistir más, y saliendo en busca de su esposo se arrodilló á sus pies y en nombre de sus hijos le pidió que le dijese quién era, de dónde venía y quién lo había enviado.

»El caballero palideció como si fuese á rendir el espíritu; luego se inclinó hasta su esposa, le dió un beso en la frente, y murmuró en medio de un suspiro:

»—¡Ay! no podía suceder de otra manera; esta tarde te lo diré todo.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVER
ALFONSO REYLS
1625 MONTERREY, MEXICO